

LA PROTESTA DEL CAMPO

ES una mancha de aceite que se extiende. Desde el Orbigo y el río Tuerto en León y la Rioja Baja en Logroño, ha pasado a la Rioja Alta y Central, a la ribera navarra, a la Rioja alavesa, al Duero, a Burgos. Los agricultores de cinco provincias, quemados "y no del sol", han colocado más de quince mil tractores al borde de las carreteras nacionales que pasan por sus comarcas. La concentración de los leridanos de Urgel ha sido impedida por la Guardia Civil. Es su forma de protesta, su manera de decir "aquí estamos": han dejado los campos, los caminos vecinales y se han venido a las rutas asfaltadas que siempre les han estado vedadas.

La tentación de cortar el tráfico es cada vez más fuerte a medida que sus peticiones son desoídas. Los de León, cerca de Ponferrada, llegaron a hacerlo en los primeros momentos de desesperación: las balas se cobraron dos heridos. Pero no es este ejemplo lo que arredra a los demás: sus comisionados siguen haciendo gestiones viendo a ministros, a gobernadores civiles, quieren ser escuchados y chocan frente al muro de quienes se niegan a aceptar que esa mayoría más silenciosa que las otras ha dejado de ser una masa de maniobra fácil para cualquier servicio.

Hasta ahora han aceptado el camino del diálogo. Pero quieren algo más que palabras, algo más que promesas. Rechazan unánimemente la demagogia de quienes durante estos cuarenta años los han "representado" y han vivido a costa de ellos. Imponen sus representantes, sus propias estructuras democráticas, salidas de la lucha misma: y son ellos quienes dialogan, sin personas interpuestas. Hasta ahora no han conseguido nada, o muy poco. Y no quieren desaprovechar la ocasión: han abandonado su aislamiento secular en los campos y en las aldeas; están juntos y a millares: ese es su mayor triunfo y no quieren perderlo.

Existen distintas reivindicaciones de una zona a otra; también son diferentes sus situaciones de partida. Pero el proceso es muy similar: del problema acuciante, casi siempre dramático, en relación con un producto concreto —la patata, los cereales, el vino o las hortalizas— se ha pasado a la necesidad de unirse, a comprender la inutilidad de la estructura del Sindicato Vertical, de las Hermandades del Trabajo, de las Cosa, y se



han creado formas de organización democráticas. En algunos lugares —la Rioja o la Ribera navarra— ya existían con anterioridad al conflicto, habían nacido a raíz de problemas anteriores, en otros se han creado en el curso de la lucha, en todos se han reforzado hasta el extremo de constituir la única organización de los agricultores.

No quieren hablar de política ("no queremos que nadie saque partido de nosotros", "no queremos que nadie nos dirija"), pero piden abiertamente un sindicato democrático de los campesinos. Amenazan con expulsar a quienes politicen el problema, pero todos se unen contra Ballarín Marcial y su intento, que ellos comprenden que es político, de ampliar la Agrupación Regionalista Agraria.

El problema de la libertad de reunión y asociación se ha convertido en el problema central de la lucha. En unos lugares —como en la Rioja Baja y la Alta— desde un primer momento. En otros, a lo largo de la lucha misma.

En Santo Domingo de la Calzada y Nájera, en la Rioja Alta, la prohibición, por parte del gobernador civil de Logroño, de una reunión el jueves 17, fue el detonante del malestar generalizado que

existía desde hacía meses. La Unión de Agricultores había nacido en Santo Domingo el día del Corpus del pasado año, siguiendo el ejemplo de la constitución de organismos democráticos creados en otras zonas, en Cataluña, en Valencia, en Navarra. Ese día no más de cien agricultores acudieron con miedo a la cita, convencidos de que les iban a prohibir la reunión. No pasó nada, y quince días después acudieron a una nueva convocatoria: eran ya doscientos largos. Se constituyó la Junta de la Unión, en la que incluían varios presidentes locales de la Hermandad verticalista. A los pocos días fueron cuatrocientos, y al mes y medio, más de mil. Al tiempo se creó la Unión de la Rioja Baja en Alfaro, y se celebraron dos reuniones provinciales en Logroño; nacieron también las uniones en los pueblos.

Había una auténtica pasión por reunirse, por verse las caras, por discutir los problemas. Se celebraban dos o tres reuniones mensuales, lo cual llegó a preocupar a los dirigentes, habida cuenta de que muchos campesinos tenían que desplazarse hasta cincuenta y sesenta kilómetros para acudir a ellas. Se montó una semana cul-

tural el pasado otoño, solitaria en una curiosa versión de Fuenteovejuna, por un campesino que había acudido al local que la Unión tiene en Santo Domingo —con conocimiento de la Guardia Civil— para arreglar un problema de la entrega de patatas: el hombre en cuestión se hizo responsable de toda la semana, cuyo éxito de asistencia sorprendió a los organizadores.

"Los que empezamos a ir a esas reuniones —nos dice un grupo de campesinos en el interior de un remolque aparcado al borde de la carretera Burgos-Logroño— nos acostumbramos a la libertad de reunión". Se hizo imprescindible para ellos y no como una situación artificialmente creada, sino como un derecho que surgía naturalmente de la práctica. Del derecho de reunión se pasó a la necesidad de una libertad de asociación: el 6 de febrero se recibía en Santo Domingo la denegación de legalizar la Unión de Campesinos; fue un antecedente decisivo que caldeó los ánimos ya excitados por el problema de la patata: más de 80.000 toneladas de patata tardía se pudrían en los almacenes, porque los mayoristas no querían comprarlas, esperando mejores precios, y el Gobierno no quería



"Si será grave la situación que nosotros, que hemos estado toda la vida desunidos, cada uno en nuestro campo, preocupado de sus cosas, hemos venido todos aquí".



exportarlas ante el temor de que se desabasteciera el mercado nacional y subieran excesivamente los precios.

Casi quinientos millones de pesetas estaban en juego, y el mercado nacional no podría abastecerse con un producto podrido. La incomprensible cerrazón del Gobierno y la interesada actitud de los mayoristas estuvo a punto de llevar a los tractores a la carretera ya en el mes de enero, pero la leve espita que se abrió al autorizar un pequeño contingente de exportación y los trágicos sucesos de Madrid frenaron la iniciativa. En el curso de los hechos, ya se había establecido una coordinación con los campesinos leoneses, también acuciados por el problema de la patata.

Este era el clima el jueves 17 cuando el gobernador de Logroño prohibió la reunión que la Unión

iba a celebrar en Nájera. Más de mil agricultores se concentraron a las puertas del local situado enfrente del cuartel de la Guardia Civil. Allí estuvieron casi dos horas. Hubo quien propuso marchar sobre Logroño con los tractores, quien dijo que había que salir a la carretera, quien dijo que había que hacer una manifestación. La Guardia Civil miraba por sus ventanas. Se nombró una comisión para dialogar con el teniente al mando del puesto, quien prometió que transmitiría el deseo de un encuentro con el gobernador.

Para el día siguiente, viernes, se quedó en celebrar una reunión de representantes de pueblos. La Unión, que hasta ese momento había velado por la afiliación de sus miembros, dejó de funcionar como algo cerrado; era el núcleo reconocido por los campesinos, un núcleo masivo, pero no se podía

marginar a nadie; el sistema de representantes de pueblos (más de sesenta figuran en la comarca) se impuso, confundiendo con la Unión.

Y el viernes, sabiendo, además, que los de León iban a salir, se decidió que el domingo se iba a la carretera. Para ese mismo día, por la tarde, Ballarín Marcial había convocado una reunión de proselitismo en Haro; espontáneamente, el jueves en Nájera, los agricultores decidieron acudir "a por él", en una expresión de la tierra que tiene un carácter menos violento que en otros sitios. ¿Por qué Ballarín, uno de "los de antes", puede celebrar reuniones y nosotros no? ¿Por qué su asociación está legalizada y la nuestra no? Prudentemente, algunos dicen que a instancias suyas, la reunión de Haro no fue autorizada. Pero allí acudieron varias centenas de campesinos que se transmitieron la consigna: a las cuatro de la mañana, en la carretera general.

La mañana del domingo se celebró una reunión de coordinación clandestina en la cantera de Rodezno. De boca a boca, pueblo por pueblo, fueron transmitiéndose los puntos de concentración. A las tres de la mañana, los hombres empezaron a moverse: algunos empujados por sus propias mujeres. En algún pueblo se tocaron las campanas para que todo el mundo saliera: largas filas de luces empezaron a bajar de la montaña.

Ni los más optimistas se lo podían creer; estaban todos. Se habían calculado unos trescientos cincuenta tractores seguros. Podía llegarse al doble. Y habían venido casi tres mil. De Alexanco, San Torcuato, Hervás, Bañares, Zarratón, Castañares, Villalobar, Azofra, Cordovín, Villar de Torre, San Millán de la Cogolla, Berceo, Nájera,

Badarán, Cárdenas, Arenzana de Abajo, Arenzana de Arriba, Tricio, Bezares, Manjarrés, Santa Coloma, Canillas, Torrecilla sobre Alexanco, Huércano, Uruñuela, Alexón, Ciriñuela, Manzanares, Gallinero, Villarejo, Estollo, Baños de Río Tobía, Ledesma, Villaverde...

"Si será grave la situación —nos decía un campesino— que nosotros, que hemos estado la vida desunidos, cada uno en nuestro campo, cada uno sólo preocupado de sus cosas, hemos venido todos aquí".

La alegría de estar juntos por primera vez lo dominó todo en las primeras horas. Aquello era una verdadera fiesta. Aquello era una casa por la ventana para comprar los alimentos más caros: los de la Rioja Central regalaron vino; alguien regaló varios centenares de litros de leche. Los remolques se convirtieron en lugares de reunión. Cada pueblo, agrupado, tenía el suyo; había un remolque para la coordinación central. Se aguantaba el tremendo frío con estufas de butano, en los coches. La zona, a pesar de un constante deterioro de la renta, es relativamente rica y los agricultores viven mejor que los de otras zonas. Secano y regadío, cereales y patata, poca vid, remolacha y hortalizas también son los cultivos predominantes. La extensión media de las propiedades, en una comarca en la que concentración parcelaria ha trabajado bastante, es entre diez y quince hectáreas, a veces más. Mitad y mitad en propiedad y arrendadas. No hay grandes propietarios; uno de los pocos es Félix Gómez Escolar, presidente de la Cosa, rechazado por los campesinos. No hay prácticamente cooperativas, que sí existen en otras comarcas; el individualismo ha prevalecido.

Aguantar era la consigna. Los ocho comisionados que se entrevistaron en Madrid con los ministros de Comercio y Agricultura informaron a los más de tres mil campesinos en una asamblea que duró más de dos horas en medio de la lluvia. Los que hablaron primero dieron la impresión de que la gestión había sido positiva. Antonio Ortiz, el presidente de la Unión y el líder visible de los campesinos, explicó que la situación era muy distinta, aclarando un panorama que se había confundido tras la intervención de otro comisionado, quien dramáticamente había expuesto lo contrario que los primeros.

Antonio dijo que nada se había conseguido; que no había sino promesas con las patatas, que mucho más vagas eran con respecto a la petición de precios más altos para los cereales, que ni siquiera se había hablado de la remolacha, que los miembros del Gobierno no habían escuchado las peticiones en relación con la Seguridad Social —"Ahora nos tenemos que pagar las medicinas, en caso de accidente no nos pagan nada, tenemos unas pensiones de jubilación que son de risa". "Queremos

LA PROTESTA DEL CAMPO

una Seguridad Social completa, igual para todos: que haya una categoría para los trabajadores del campo que cultivan ellos mismos la tierra y viven de ella", que no habían querido oír hablar de derecho de reunión y de asociación.

¿Qué hacer? Un campesino anciano dijo que había que pasar a mayores, que estar en la carretera no era suficiente, que había que bloquearla. Otro propuso la dimisión de todos los cargos de la Hermandad, de la Cosa, de los alcaldes —allí estaban, con sus tractores, los de muchos pueblos—. En corrillos se sugería retirar todos los ahorros y dejar sin dinero a las Cajas. Al final se llegó a un acuerdo: "Lo más importante es

pueblos. Los burgaleses de Belorado, casi quinientos, estaban en la carretera de Burgos a Logroño, a veinte kilómetros de Santo Domingo, desde el lunes por la mañana.

La unión era posible, los campesinos no estaban solos y ese fue el mejor acicate para la lucha. El jueves por la mañana, entre Lerma y Villalmanzo salían a la nacional los cerealistas de Burgos: mejores precios para el trigo, la cebada, la avena, Seguridad Social para todos, sin limitaciones arbitrarias sobre el líquido imponible que dejan fuera a los más pobres muchas veces y nuevamente el derecho de libertad de asociación y reunión: no son consignas planteadas por este o aquel partido político de la oposición, que prácticamente no han aparecido en estas luchas. Son tres puntos, y el tercero especialmente, nacidos de la base.



No quieren hablar de política, pero piden abiertamente un sindicato democrático de los campesinos.

nuestra unidad y es lo que debemos preservar para poder luchar en los frentes concretos. Hasta que no haya una decisión clara en relación al derecho de reunión y de asociación no nos movemos". Y ahí siguen.

Ya se sabía que la Rioja Baja se había sumado a la huelga de campesinos: más de cuatro mil tractores se habían concentrado el día anterior, martes 22, en Alfaro. En la Rioja Central una fila de más de cuatro kilómetros se formaría a la salida de Briones, y otras en los alrededores de Logroño. El martes por la noche también empezaron a salir los navarros, concentrándose en Tafalla, Venta de Cárcar y en otros diez puntos. La Rioja Alavesa lo haría en Laguardia, Samaniego y otros

La Coordinadora Nacional de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos, que reúne a las Uniones nacidas, como las de la Rioja, al calor de las luchas y de los problemas en los últimos tres años, ha pedido la dimisión de todos los cargos de la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos. Pide que se reconozca la nueva realidad democrática del campo, al igual que lo piden los campesinos que hoy están luchando, contra el frío y contra sí mismos: las huelgas en el campo no son como las demás. Lo que no han cosechado en estos días lo tendrán que hacer cuando vuelvan al trabajo, de sol a sol y por la noche si hace falta. ■ CARLOS ELORDI (Fotos: RAMON RODRIGUEZ).

La Capilla siXtina

TOROS Y PICADORES

El Gobierno y todo lo que cubre y encubre actúa como una oposición. De siempre ha sido misión del picador la de dejar al toro suave como un moribundo para que el torero pueda lucirse con la faena de muleta. Los toros bravos sin picar se comen las muletas y el espectáculo electoral exige que los toreros electorales no se enfrenten a toros excesivos. La imagen, pues, de la cal y la arena ya no es suficiente. Aquí se le pega un varazo al PC enviando sus papeles al Supremo o permitiendo la sonata ansonada de difundir el Protocolo de los sabios de Anson sobre las técnicas de proselitismo del Partido Comunista de la Antártida. Allí se arma el lío de reconocer a los dos PSOE hijos del mismo padre (Pablo Iglesias), pero de distinta madre. Parece increíble, pero es verdad.

—Pues ya es hilar fino fijarse en todas esas jilipoyeces, don Sixto. Si gastasen la mitad del tiempo que emplean en mirar las tripas del oportunismo reformista en buscar petróleo, resolverían ustedes el problema energético de España hasta el año tres mil.

—Tus opiniones no cuentan, Encarna.

—¿Por qué?

—Es imposible la comunicación contigo. Es como si yo hablara en turco de la pesca y tú hablaras en sánscrito de la caza.

—Muy bonito. Esa debe ser la vía democrática al socialismo, digo yo. El monólogo.

—Tengamos la fiesta en paz. Quien monologa eres tú. Yo soy coloquial y tú eres mitinera.

—¿Mitinera yo?

—Mitinera.

—La madre que le parió, don Sixto.

—No te pases.

—¿Será ridícula esta gente! Venga especular sobre si el Gobierno es el picador que está castigando el toro de la oposición. Espere. En seguida subo a la altura de las circunstancias.

Vase corriendo el furioso animal de bellota y me refresco las sulfuraciones con media botella de vino blanco de aguja casi helado. Maravilloso. Mientras me empapo de frescor suavemente alcoholizada, con ese fondo de sabor a yema de huevo que tienen los buenos vinos, especulo sobre el inmediato futuro táctico de la oposición. ¿Utilizará el PSOE histórico la indignación actual para despegarse del bloque opositor y del Gobierno y aumentar así un campo electoral? ¿O acaso se ha programado en algún lugar de Europa, América o Madrid la operación de cansar al toro PSOE y dejar más fresco al toro socialdemócrata? Mas no puedo pensar demasiado a tiempo a mis anchas, a mi ritmo y sobre mis temas. Se abre la puerta e irrumpe Encarna. Se me atraganta el vino en el ombligo. Viste de Manola. Lleva mantilla y peineta. Se da aire con un abanico goyesco. Lunares postizos por doquier. Un escote taurino en uve como Dios manda.

—¿Vas a un baile de disfraces?

—No. De ahora en adelante me vestire así cada vez que hablo con usted sobre las relaciones políticas entre el Gobierno y la oposición. ■

SIXTO CAMARA